

Chloè Widhölz

HAY BRÚJULAS QUE ESTÁN MEJOR PERDIDAS

Copyright © 2017 por Chloè Widhölz

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del escritor, excepto en el caso de breves citas incorporadas en revisiones críticas y ciertos otros usos no comerciales permitidos por la ley de copyright.

Primera

UNIVERSIDAD DE WASHINGTON

Seattle, octubre 21.

Sección de Formación Profesional.

Sra. Rose Marie Welch.

[...]

Rose no podía estar más contenta ni aunque quisiera. Su sueño se estaba haciendo realidad después de tanto tiempo.

—Edward, —se dirigió hacia el chico de pelo alborotado, que dejó de escribir en su pequeña libreta para poner atención a lo que ella estaba a punto de decirle—. Me han aceptado —la chica sonrió mostrando todos sus dientes y con un brillo en los ojos que la hacía parecer más bonita a los ojos de Edward.

Compartió la felicidad de su amada, la escuchó la noche entera planificar su vida en torno a esos planes. Ella estaba tan feliz y, por supuesto, eso a él lo hacía feliz. Incluso cuando el amor de su vida se iba a ir al otro lado del mundo en cuestión de días.

Y lo único que él quería es que ella fuese su rutina.

Segunda.

No habían pasado más de veinticuatro horas desde que Rose había partido, pero yo ya la extrañaba. Cuando se está enamorado es lo que pasa: no puedes dejar de extrañar ni puedes olvidar, por mucho que lo intentes.

De cualquier manera, ya comenzaba a extrañar todos aquellos cosméticos que solían ocupar gran parte del tocador de nuestra habitación.

Caminé hacia el estudio, cogí una pluma y una hoja de papel para escribirle una carta a Rose, así para cuando ella se instalara, la carta habría llegado ya. Podría haberle mandado un mensaje de texto, cosa que ya había hecho varias veces en las horas previas, pero no había respondido.

Además, una carta nunca pasaba de moda.

¿Cómo puedo escribir para ti, Rose?

Londres te echa de menos. Muchísimo. Pero yo más. Ah, y Pipo también.

No ha pasado ni un día desde que te has ido y nuestro pequeño apartamento se siente vacío sin ti.

*Espero que te esté yendo bien en la universidad y espero que **no** hayas conocido a nadie que te haga olvidar que me echas de menos de la misma forma en la que yo lo hago.*

Nunca podría explicarte con palabras cómo tu ausencia me ha dejado un hueco en el pecho. No me quiero imaginar cuando pase más tiempo, si con tan solo un día ya estoy pasándolo un poquito mal sin ti.

Siento que no haya podido ir contigo allí, pero ambos sabemos que no puedo dejar de lado mi carrera.

Te quiero,

Edward.

Y así, analicé la carta una vez más. No sabía expresar cuánto la extrañaba, pero la intención es lo que cuenta.

Me di la vuelta para mirar a Pipo, el cual parecía algo decaído, seguramente igual que yo.

—Yo también la extraño, amigo —murmuré y recosté mi cabeza en el respaldo de la silla.

Tercera.

Rose no respondió.

Podía entenderlo: el ajetreo de la mudanza, acostumbrarse al nuevo lugar, los trabajos, etc., etc.

Tendría poco tiempo para responder mi carta, pero realmente la extrañaba muchísimo.

No quería molestarla ni distraerla de sus estudios, pero una carta más no haría ningún daño. En algún momento tendría que leerla.

Querida Rose,

entiendo que estés ocupada y por eso no me quejo de que no me hayas contestado.

De alguna manera, me gustaría que estuvieras aquí. Estoy seguro de que todavía no he asimilado que ya no estás a mi lado cada mañana al despertar.

Supongo que me siento solo. Extremadamente solitario, especialmente en las noches como éstas, en las que no tengo tu compañía.

Me gustaría, sin embargo, poder verte. Abrazarte y besarte una vez, dos veces, tres veces...

¿Cómo es tu vida allí? ¿Te duele cuando piensas en mí?

Tengo tantas preguntas que hacerte.

Sin embargo, estoy seguro de que me olvidaré de todas ellas cuando me encuentre contigo.

Te quiero, Rose.

Con amor,

Edward.

Extrañaba tanto a Rose que dolía. Ella solía ser mi fuente de alegría, como un rayo de sol. Así era ella, tan optimista y animada. Estaba seguro de que había hecho un montón de amigos, y pondría mi mano en el fuego al afirmar que ahora que estaba cumpliendo su sueño era aún más feliz.

Pero me dolía que fuese feliz sin mí allí.

Dejé la pluma en la mesa, estirándome en la pequeña silla que tenía en el balcón del pequeño apartamento.

Observando el cielo, las estrellas y una media luna, algo me decía que no todo iba como debería.

—Oh Rose —suspiré, manteniendo la mirada fija en el cielo—. ¿Piensas tanto en mí como yo en ti? Quisiera pensar que sí.

No sabría decir en qué momento caí dormido.

Cuarta

Querida y adorada Rose,

¿sabes de qué me he dado cuenta hoy?

En un día como este, hace veintiséis meses confesaste mi amor por mí. Me acuerdo de que yo no podía hablar después de que me lo dijeras. De hecho, ni sabía cómo reaccionar.

Estaba muy sorprendido, y ¡tan entusiasmado!

Estoy escuchando música, y sorprendentemente, mientras me acuerdo de ti, tu canción favorita está reproduciéndose. ¿Una coincidencia oportuna, tal vez?

Recuerdo que después de que me dijeras que me amabas, me empezaste a hablar sobre tus anteriores relaciones, que salieron mal, y yo estaba escuchando a medias porque seguía sin asimilar la situación, y no sabía cómo expresar algo coherente.

De repente, te contesté: "Yo también te amo." Tú sorprendida, porque sonaba forzado. Otra pena por eso. Tú sabías que yo te gustaba y yo sabía que con el tiempo estaríamos anudados en una relación. Ha pasado más de un año desde que vivimos juntos, y a pesar de todos los altibajos, nos seguimos amando.

No podríamos jurar entre sí una historia de vida, pero todavía quiero muchos, muchos capítulos de mi vida contigo en ella. Te quiero más y más cada segundo que pasa.

Te echo muchísimo de menos,

Edward.

Quinta

Hola, Edward,

(supongo que te llamas así, porque así firmas en todas tus cartas).

Sólo decir que sé que te estás preguntando quién soy y por qué envío esto.

No te conozco de nada, pero déjame halagarte con decirte que pareces un chico muy profundo y poético. De esas personas que sabes que son poesía por cómo te hacen sentir con sus palabras, aunque la mayoría de esa clase de personas no saben lo que hacen sentir.

Tan sólo explicarte, que, por error, envías tus cartas a la dirección errónea, supongo que te habrás equivocado al apuntarla, o el cartero no sabe leer y me las trae a mí por error.

Espero que soluciones pronto el problema, aunque no me molestaría en absoluto seguir recibiendo tus cartas, aunque no sean para mí. Admito que me gusta la forma en la que te expresas.

Sin más que añadir;

un saludo,

April.

Sexta

Hola, Edward.

He estado esperando dos días por tus cartas, pero no me ha llegado ninguna más, para mi mala suerte. Reconozco que podía sentir cada palabra, sílaba y letra como si estuviese hecha para mí. Pero en el fondo sabía que no.

A pesar de no haber hablado nunca contigo, ni haberte visto, ni conocerte, tus cartas me encantaron.

Supongo que eres de esas personas que son poesía, porque no tienen ni idea de lo que te hacen sentir.

Tal vez para ti seas un chico peculiar que le escribe cartas a su novia, pero puedo decirte que eres más que eso.

¿Eres escritor? Porque escribes como si hacerlo fuese la cosa más fácil y bonita del mundo. Ojalá respondas o envíes otra carta.

Realmente me gustaría.

La chica que añora tus cartas,

April.

Séptima

April,

He leído y releído cada una de tus cartas, pero no encontraba las palabras para expresarme; hasta ahora.

Realmente aprecio que le encuentres tanto sentido a mis cartas, porque a pesar de que no eran para la persona que creía que era, sé ahora que alguien me leía.

Como no sé qué decirte, voy a contarte cómo te imaginé el primer día que leí tu carta: te imagino como una chica bohemia a plena mañana, abriendo la puerta para recoger su buzón, con una taza de té o café caliente en su mano mientras revisa cada una de las cartas en su sillón favorito mientras con un ceño fruncido lee las palabras que por 'error' acabaron en su mano.

Pero entonces sucede. Una sonrisa lenta esparciéndose por tu rostro mientras lees y relees mis palabras, tal vez pensando en el chico tan desordenado y despistado que acabó enviándote esas cartas a ti.

Sé que es una descripción muy pobre y que tal vez esperabas más de mí. Pero déjame decirte que en mi cabeza hay más, muchas más cosas de ti que me imagino que no puedo expresar con palabras, y que, si lo intentara, fracasaría sin duda.

Atentamente, el chico despistado y desordenado,

Edward.

Octava

Debo decir que me sentí extrañamente en paz conmigo misma cuando el cartero llegó esta mañana con una de tus cartas.

Cuando el chico cartero me entrega la carta con una sonrisa cómplice me pregunto,

¿Un cartero con demasiada imaginación o una joven con una vida demasiado curiosa?

Te voy a contar cómo fue el día en el que recibí tu primera carta:

Me pareció muy extraño el sobre con esa escritura antigua, tan delicada que temía que se rompiera ante mis torpes manos, cada letra se redondeaba de forma curiosa.

Ya no recordaba el tacto de una carta escrita a mano, por unos dedos desconocidos y una tinta que impregnaba las palabras recientes escapadas en un despiste del tintero, adoré rápido el olor con el que el autor sellaba los versos del sobre, esa esencia era mejor que ninguna posdata que hubiera leído anteriormente.

Intrigada desgarré el sobre preguntándome quién sería el remitente de las cartas que me había escogido como destinataria. Pero cuando leí el nombre de una chica que no era el mío, me decepcioné.

Pero mientras seguía leyendo y leyendo, la decepción dio paso a un profundo sentimiento de añoranza que no había experimentado en años. Pude sentir el amor en cada una de las letras escrita a mano, el dolor de una soledad impregnada en cada sílaba y la profunda pasión de escribir en cada frase.

Me atrevería a decir que me he enamorado de tus cartas, y probablemente si sigo recibiendo, me enamoraré del escritor que me ha tocado el alma con tan solo leerlo.

Sin más,

April.

Novena

April, escribirte es uno de mis momentos favoritos del día a partir de ahora.

Me atrevería a decir que tu carta me conmovió, porque nadie me dijo nada parecido en mi vida sobre mis cartas ni sobre mi manera de escribir, porque como supongo que sabes, no vivo de escribirle cartas a la gente. Me gano la vida como escritor y profesor en una universidad a tiempo parcial.

Reconozco que muchas veces me han dicho que escribo bien, o que les gustan mis expresiones, pero nunca han concretado ni me han dicho qué les hacían sentir mis palabras. O si ni siquiera le hacían sentir algo.

Antes de la despedida, confesarte que, sin saberlo, tienes un pedazo de mi bohemia y peculiar alma,

Edward.

Décima

Esto de leerte y escribirte se está volviendo rutina, y debo confesar que no me gustan las rutinas, aunque escribirte, más que rutina, lo considero un arte.

*Sé que 'arte' como tal se considera generalmente como cualquier actividad o producto realizado por el ser humano con una finalidad estética o comunicativa, mediante la cual se expresan ideas, emociones o, en general, una visión del mundo, mediante diversos recursos, como los plásticos, lingüísticos, sonoros o mixtos, pero no es solo eso, es mucho más. Porque al igual que considero tus cartas como obras maestras, te considero **arte**.*

Porque eres como ese pintor que deja llevar sus pinceladas por los sentimientos que le transmite lo que está pintando.

Déjame decirte que sé lo que digo, porque yo me siento exactamente así cuando dibujo. Supongo que te habré dado todas las claves para que adivines que estoy estudiando bellas artes.

En cada carta te iré dejando pistas para que me imagines y me idealices. No te diré rasgos físicos, te diré características de mi personalidad, porque el físico es, bajo mi punto de vista lo que menos cuenta.

Me da pena esa gente que solo tiene una cara bonita, pero que está vacía de sentimientos y que carece de personalidad. Pero no personalidad de seguir una tendencia, sino personalidad de no saber quién es realmente.

De la chica bohemia,

April.

Undécima

April,

con tan solo unas cuantas cartas me has hecho sentir cosas que con una persona en la vida real no pensaría en sentir.

Te escribo esta carta para... ya ni se para que te escribo. Simplemente lo hago. Y no sé quién eres, aun así, sigo escribiendo. Necesito hacerlo para saber que no estoy solo, y que hay alguien esperando leer estas palabras, para luego tocarlas en un suave beso. Y a sabiendas de que tu cuerpo no puedo ver aún, podría jurar ver tu silueta sinuosa entre la niebla de mi razón, susurrando entre frase y frase mientras escribo. No sé quién eres, cómo eres, o de dónde vienes.

Si serás rubia o morena, si tienes veinte o veinticinco, no lo sé. Pero hay algo que sí sé. Se que habrá un amor incorruptible entre nuestras almas, en algún lugar del mísero hogar que llamo tierra. Y nuestros corazones entonces se sincronizarán, latiendo al unísono, silenciando hasta los cantos de grillos en el jardín. Con estas palabras me comienzo a despedir, tengo sueño, debo acostarme y dormir, para así poder soñar contigo, aunque solo sea aquella silueta sinuosa entre la niebla de mi razón, susurrando entre frase y frase. Te volveré a escribir, lo prometo, y espero poder empezar con tu nombre, y tener tu rostro en mis ojos al rasgar el papel. Por ahora habré de conformarme sólo con saber que alguna vez te encontraré.

Hasta entonces, el chico despistado se despide,

Edward.

Duodécima

Edward,

Hoy me siento con pocos ánimos de escribir, es de esos días en los que me gusta escuchar o tan solo permanecer en silencio y dejarme llevar por los colores y las formas y lo que representan.

Tu carta me dejó sin palabras, puesto que sentí tanto con tus palabras que me abrumé, pero me di cuenta de que me sentía igual.

No sé cómo despedirme, porque cualquier forma me sabe a poco para un alma tan grande como la tuya.

April.

Décimo tercera

Edward,

Hoy mi día ha estado lleno de cosas y personas que no me llenan. Irónico, ¿no?

Aquí estoy sentada, en un bar, esperando que alguien entre por la puerta y ocupe el sitio vacío, que, aunque tú tengas cosas mejores que hacer, yo no. Los cuadros que decoran mi casa, aquellos que tantas veces miro, me miran como interrogándome, como preguntándome a gritos dónde está esa sonrisa que me acompañaba cuando eran tiempos mejores.

Solo sé escribir, y sin éxito, pues no nos engañemos, un bolígrafo puede hacer muchas cosas buenas, pero nada me llena más que un pincel y un suelo lleno de lienzos en blanco esperando ser personalizados y botes de pintura llenos esperando ser abiertos y esparcidos; dando vida.

April.

Décimo cuarta

¿Por qué tan triste, mi chica bohemia?

Hoy me siento nostálgico. Y expresivo también. Es reconfortante tras semanas sin inspiración desde que me encontré en la situación de que mi novia se fue. ¿Sabes? Ella no me ha llamado ni una sola vez, y cuando la llamo yo, me salta el contestador.

Cómo lo odio. No tienes ni idea.

La echo de menos, sí, pero estoy empezando a darme cuenta de que tal vez ella ha vuelto a empezar de cero una nueva vida allí, con nuevas personas.

Me hace feliz eso, pero también me duele. Me duele que deje nuestra relación así abierta, como si estuviera, pero no la pudiera sentir.

No hemos tenido ocasión de hablar sobre qué pasará ahora. Aunque eso lo dejo en sus manos.

Sigo teniendo sentimientos por ella, por supuesto. Los recuerdos y los momentos a su lado son tantos que no puedo deshacerme de ellos en apenas dos segundos.

La mente humana es muy complicada. No dejo eso como excusa, sino como explicación.

Dolorido, solitario y nostálgico, el chico desordenado se despide.

No estés triste chica bohemia,

Edward.

Décimo quinta

Edward,

No es que esté triste. Es que todo es grande para una enana como yo en este mundo y puede que quiera demostrar que no soy tan pequeña y simplemente algunas situaciones me vienen enormes.

Aun así, no hablemos de mí. Háblame de ti. Háblame de tus pensamientos. Háblame con tu alma. Porque tus palabras no están vacías, porque el viento no se las lleva. Tus palabras están llenas de sentimientos que son imposibles de describir con palabras.

Tus cartas me llenan de una manera que jamás algo lo ha hecho.

De la chica bohemia,

April.

Décimo sexta

April, me reconforta saber que no estás triste, pero, algo va mal. Lo puedo sentir desde aquí, el otro lado del océano.

Estoy nostálgico porque había una chica para mí que es la mejor persona que había conocido en toda mi vida.

Es la historia de lo que ella era y ahora no es.

Ella era alegre, lo prometo. Su cabello rubio iba recogido en una coleta. Como espero que lo siga llevando. Pero también te puedo prometer que hasta el peinado era más alegre antes. El uniforme con el que la veía siempre también es el mismo con el que me gustaría verla ahora, y si nos fijamos objetivamente en lo físico, tal vez el único cambio que se precie sea el hecho de que ahora puede que ande más encorvada por el peso de los daños.

Siempre que entraba al restaurante en el que ambos trabajábamos, nos daba luz a todos los que habíamos estado limpiando antes de abrir.

Los clientes la querían como a la que más, sobre todo los niños, que adoraban verla cada vez que venían, ya que nuestro restaurante nunca ha sido el mayor éxito de la ciudad, sino el típico pequeñito que no es muy rico o poderoso, pero al que la gente suele volver, sobre todo en familia. Pero estaba hablando de ella. De lo que ella era y ahora ya no es.

Sus pendientes siempre eran largos, de esos de los que cuelgan bastantes piezas de diferentes formas y colores parecidos, imposibles de diferenciar para un hombre según la fama que tenemos. Y lo cierto es que es verdad. Por mucho que en los ratos muertos se esforzase divertida en explicarme cuál era el azul turqués y cuál el azul celeste, yo no me acordaba para el día siguiente. No, no es que se quitara los pendientes a cada momento que no estábamos ocupados, es que también llevaba pulseras, collares, de todo. Era la más joven de todas, pero a la vez era mayor, lo suficiente para estar casada con un hombre al que sigo sin conocer a fondo. Sólo de vista, cuando viene a buscarla en su estupenda moto negra.

Me pregunto si él sabrá que ha cambiado. Y al momento me llamo estúpido, pues, aunque nunca me haya gustado ese hombre, lo sabe mejor que yo, ya que él habrá cambiado también. Y me lamento al pensar que él también echará de menos lo cariñosa que era, los abrazos y besos que daba a todos. Lo despistada que era y lo mucho que se preocupaba por los suyos a la vez.

Pero hay cosas que, por mucho que te preocupes, no puedes impedir.

Una mañana llegó y yo sonreí, como siempre, como un tonto, pero al segundo supe que algo no iba bien. Ella parecía ausente, en otro mundo. Dio dos pasos hacia nosotros y se derrumbó en el centro del restaurante. Sus llantos ahogados eran de las cosas más horribles que he oído en la vida. Y es que, la pérdida de una hija nunca regala sonrisas, aunque la madre no tenga nada que ver y siempre fuese la que las regalaba.

Todos la acompañamos en el sentimiento y en su vida, que tenía que retomar. El problema es que ahora, cinco años más tarde, yo sigo preguntándome si de verdad la ha retomado. Porque sigue respirando, pero ya no sonríe al venir cada mañana. Ya apenas se arregla con accesorios, ya ha dejado de ser la número uno para los nuevos clientes que no saben su historia, ya no puede mirar dos segundos a un niño o una niña sin que todo pase por sus ojos.

A la reina de la alegría y la calma, la ves ahora casi corriendo por el restaurante, como deseando que pasen antes los días si actúa así. Y los abrazos o dos besos que me daba antes de irse, ya no son efusivos y alegres, sino tristes, porque quién sino ella, va a saber que nunca sabes cuántos abrazos te quedan por dar a quien quieras. Y a mí me duele, porque yo también la quise a ella. Siempre la he querido, aunque fuera la vela de mi vida y ahora haga tiempo que se ha apagado.

Del chico desastre,

Edward.

Décimo séptima

Edward,

tu carta me dejó sin palabras, y como no sé qué responderte, te voy a abrir un pedacito de mí, un pedacito de ese día que nunca olvidaré:

Un lienzo, pintura, pinceles, paleta. Ya lo tenía todo. Podría empezar mi obra de arte ahora mismo. Menos por el pequeño problema de que solo tengo pintura blanca. ¿La academia de arte podía ser más ridícula? ¿Cómo pintar sobre un lienzo blanco con pintura blanca? Cada vez que recordaba las indicaciones del maestro más estúpidas me parecían. No se me daba nada bien pintar y encima me ponían un ejercicio imposible. Bueno, se supone que se me daba bien y yo disfrutaba, pero me horrorizaba observar mis cuadros. Empecé a pintar, pero no se veía nada. Volví a pensar en las reglas que había que seguir. Pintar sobre el lienzo únicamente con pintura blanca y utilizar las técnicas aprendidas en clase. Genial. Nada. Ni una idea. Parecía más un enigma que artes plásticos. Y me llegó una idea. No especifica el color del lienzo. ¡Como para no darme cuenta antes! Si no fuera porque me corría prisa me habría dado de bofetadas. Fui corriendo a la tienda y compré uno azul. Me encanta el azul. Llegué a mi casa y me puse a pintar. Al final saqué un diez. ¿Quién diría que solo había que cambiar tu forma de ver las cosas para solucionar los problemas?

*Pensarás, ¿y qué tiene que ver eso conmigo? Pues bien, como dije al final, **sólo hay que cambiar tu forma de ver las cosas para solucionar los problemas.***

¿Por qué crees que le tengo tanto aprecio al arte? ¿Por qué crees que he dedicado mi ser en cuerpo y alma al arte? Ese día aprendí algo muy valioso. Y no solo para pintar un cuadro, sino para ser feliz en la vida.

Espero que esto te ayude a encontrar tu musa para tu inspiración como escritor. Sin duda, si eres capaz de escribir cosas tan profundas sin inspiración (según tú), cuando encuentres tu musa crearás obras de arte. Dignas de museo.

La chica bohemia,

April.

Décimo octava

April, esta mañana lo primero que hice al abrir los ojos fue bajar las escaleras como un torpedo pensando en que tal vez me había llegado tu carta. ¿Y sabes qué? Cuando abrí la puerta ahí estaba el cartero, a tan solo segundos de echar tu preciada carta en mi buzón con pintura desconchada.

Me sonrió, como si supiera que anhelaba esa carta casi tanto como respirar.

Y te preguntarás, ¿por qué me cuenta todo esto?

Pues verás, el chico desordenado está dejando de serlo, y adivina por qué.

No te lo voy a desvelar esta carta, rompería la magia del momento y casi siento el brillo en tus ojos cuyo color desconozco por la curiosidad de saber el motivo.

El chico nostálgico ha dejado de estarlo,

Edward.

Décimo novena

Edward,

adivina qué.

La chica bohemia es demasiado curiosa como para explicarte qué tal ha ido el día para ella.

Hoy me siento tan creativa y llena de ideas. No inspirada, sino que inspiro.

Aunque por desgracia no sé si alguien realmente encuentra la inspiración en mí. Ahora tengo muchas dudas.

Hoy me siento filosófica también. Hoy es un día de esos raros en los que tu alma se expresa tanto que no puedes controlarla.

En días así siento que soy verdaderamente feliz. ¿Y sabes qué? Tal vez lo sea y no me esté dando cuenta. Porque tengo lo que alguna vez soñé, aunque parezca que no.

Tengo mis pinturas, mis pinceles, y lo mejor de todo, un chico desordenado que ya no es nostálgico y que me escribe. Ah, y lo mejor es que es escritor y es poesía hecha persona.

La chica de la sonrisa torcida por los contratiempos y curiosa a reventar ha encontrado la brújula que la lleva a las sonrisas perdidas.

April.

Vigésima

April, confieso que me encantaría muchísimo ver uno de tus cuadros. Y no lo digo por cumplir, lo digo porque realmente lo siento, y sabes perfectamente que me gusta compartir mis sentimientos.

O supongo que lo sabes.

Dejando los rodeos de lado, he dejado de sentirme nostálgico porque al fin encontré lo que tanto ansiaba: una musa.

*Una musa a la que dedicarla una y cada uno de mis libros, textos, frases, palabras, sílabas, letras... Una a la que dedicarle **todo mi ser**.*

Y con mi ser, me refiero a mi alma de escritor nato.

April, antes de llegar a más, te voy a desvelar lo que realmente soy; porque el idealizarme tal vez te lleve a errores que no quiero que lamente. Quiero que, si algo entre nosotros sale mal, me recuerdes como ese escritor que perdió a su novia por ser torpe y desordenado y acabó encontrándose con una chica maravillosa que jamás olvidará. Quiero que me recuerdes como el chico que se inspiraba en la chica bohemia del otro lado del océano que tanto me llenaba con sus habladurías del arte.

April, en las siguientes líneas te voy a desvelar lo que realmente soy, o, mejor dicho, como de real me siento.

Soy aquel eslabón perdido que se soltó de la cadena en medio de una tormenta y nadie fue a buscar. Soy ese engranaje que se quedó inmóvil al pensar que, tan pequeño y tan lento como era, no influiría en el mecanismo. Soy esa hoja que se cayó la primera del árbol, pues ya me había tornado rojiza. Soy ese mechón de pelo que nadie llegó a acariciar con los dedos. Soy aquella manta de invierno que se quedó olvidada en verano, y, cuando el frío volvió a azotar, ya no era recordada. Soy aquella promesa primaveral que arrastró la brisa hasta la marea y se la llevó, llorando. Soy esa triste lágrima que rodó por la mejilla de alguna chica una noche como otra cualquiera y que ya ni la almohada recuerda. Soy ese pensamiento optimista que todos los negativos se

molestaron en callar. Soy ese gorro que cubre toda la cara y con el que apenas se puede ver. Soy aquella sonrisa falsa que alguien no recuerda al haber enseñado tantas. Soy el último recuerdo antes de caer. Y caer, hasta que ya no soy.

Eso es lo que soy, April.

No te voy a explicar qué quiero decir, porque sé perfectamente que lo entenderás. Tienes un alma tan parecida a la mía que incluso te puedo sentir aquí a mi lado.

Qué locura, ¿verdad?

Como ya sabes, el chico desordenado que hay en mí no me deja ser normal. Cosa que le agradezco,

Edward.

Vigésimo primera

Edward, me sentí renacer con leer tus palabras. Bendita sea tu musa por inspirar tu alma a abrirse por completo y dejar fluir tal enorme belleza en tan minúsculas palabras.

Mientras tú ordenas tus pensamientos y los plasmas en letras, yo los desordeno y los dejo fluir en lo que la gente llama "garabatos que cualquier niño de infantil hace".

Muchas veces esos "garabatos" que hacemos expresan más que cualquier línea recta; ¿nunca te has parado a pensar en por qué los niños cuando son pequeños aprenden antes a expresarse dibujando que escribiendo o leyendo?

Yo creo que tengo respuesta para eso, aunque te parezca una tontería.

Pero no la voy a desvelar en esta carta, ni en la siguiente, ni en la tercera.

Puede que no te lo desvele nunca, o puede que lo descubras antes de que yo lo haga.

De la artista empedernida con alma bohemia,

April.

Vigésimo segunda

Edward, hoy me he levantado un poco melancólica. Tras tomarme mi café típico de por las mañanas he ido a mi estudio y he buscado entre muebles los vinilos que me regalaron el verano de mi décimo sexto cumpleaños y me puse a dibujar.

Parece como si estuviera en una montaña rusa la cual parece no llegar al final para poder encontrar mi estabilidad emocional.

Escribiendo esta carta a las tres y media de la mañana; echando de menos algo que ni siquiera sé que es.

De la chica bohemia alicaída,

April J.

Vigésimo tercera

Edward, esta es la tercera carta que te mando en una semana, pero te mentiría si te digo que lo siento.

Me encantan las sensaciones que me dan cuando te mando una, porque cuando llego a mi casa, lo primero que hago es pensar < ¿Cómo reaccionará cuando la lea? > o cosas así.

Te escribía esta tercera carta porque justo cuando envié la segunda, me acuerdo de que en las primeras cartas mencionaste a un gatito cuyo nombre era ¿Pipo? Si no recuerdo mal.

¡¡¡¡Me encantan los gatitos!!!!

Pero nunca tuve la suerte de tener uno porque mi madre era alérgica. Por cierto, si me mandas una foto del lindo gatito, te mando yo una copia de mi cuadro favorito.

La chica bohemia y romántica empedernida,

April.

Vigésima cuarta

April J,

Puedes contarme lo que sea. Suelen decir que desahogarse con un extraño es una de las mejores sensaciones.

Tengo un gatito llamado Pipo que tiene un año y que creo que ya ha olvidado a Rose. Ahora solo me tiene a mí y creo que nos hacemos muy buena compañía el uno al otro; aunque también tengo como buena compañía a mi máquina de escribir.

El escritor aburrido y desordenado,

Edward.

Vigésimo quinta

Edward, siento mucho no haberte escrito esta semana, pero tengo una buena excusa.

He estado en un encuentro con artistas de otros países en París y ha sido fantástico. Si me supiera tu dirección te habría mandado cartas desde allí, pero tengo la memoria de un pez para números y lugares y no pude.

Solo añadir que París es un lugar tan precioso y bohemio que me siento más bohemia aún.

De la chica doblemente bohemia y soñadora,

April.

Vigésima sexta

April, ¿has vivido alguna vez esa sensación de estar viviendo una auténtica pesadilla sin motivo aparente ¿Como si te faltara algo?

Pues así me siento hoy. Es como si la vida no tuviera nada mejor que ofrecerme y yo fuese un ambicioso que quiere experimentar.

Hoy soy un hombre de pocas palabras porque es como si me hubieran arrebatado una parte esencial de mí.

Y por si te lo preguntas, ni siquiera sé a qué me refiero. He perdido algo que ni siquiera soy capaz de controlar y esto es confuso.

El desordenado sin inspiración,

Edward.

Vigésima séptima

April, hoy ha sido uno de esos mal días en los que piensas por qué suceden las cosas y si alguna vez sabrás la verdad de las cosas.

He encontrado una carta de Rose debajo de la almohada que no sabía que estaba ahí. Te la mando junto a mi carta para que le des un significado a sus palabras tal y como yo he hecho y me des tu opinión. La verdad, lo he sentido como un balde de agua fría.

Porque antes, ella y yo huíamos juntos y ahora ella huye de mí. ¿Cómo me tomo eso? Esta es la carta que ella me dejó:

Ya no recuerdo cuando fue la primera vez que dije que sería la última vez que te escribiría. Pero cuando empiezas a escribir algo grande en una página, en vez de pasar, intentas continuar escribiendo en los bordes y los espacios que quedan entre las líneas, llenándolo todo de letras, de “bah’s”, de palabras que saben a tinta mezcladas con dolor, y ya no eres capaz ni de leer las palabras bonitas que te dediqué.

Pero por mucho que tache todo lo que te llegué a escribir es imposible olvidar todo lo que vivimos. Siempre dijimos que intentaríamos hacerlo lo mejor posible por si algún día nuestra historia terminase guardando un buen recuerdo de ella, y que al recordarla solo fuésemos felices.

Pues bien, a mí solo me hace feliz recordar aquellas tardes que pasábamos en tu casa, tirados en el sofá, sin decir nada porque ya se lo decían todo nuestras manos y nuestros labios. Me hace feliz pensar en las huidas, en las escapadas que hacíamos sin planificar.

Cuando te mandaba un mensaje y te decía: “estoy en tu puerta esperándote con el coche, baja tal y como estés que nadie nos verá, vamos a huir lejos, muy lejos”, y te faltaba tiempo para estar abajo. Entrabas en el coche, como un huracán, y eras capaz de hacerme sentir una revolución cuando te sentabas y me mirabas con esa sonrisa, para luego regalarme un beso que casi me dabas con los dientes de tanta felicidad como traías. Y me decías que arrancase, que te llevase lejos de este barrio, que fuésemos a una ciudad aún por conocer. Y es que éramos dos sonrisas a medias que sumaban una, éramos dos cuerpos que empezábamos a sentir vértigo al subir tan alto en esta noria, pero ningún vértigo se comparaba al que sentía mi lengua cuando se balanceaba sin

paracaídas por la pendiente de tu cuello.

Y entonces arrancaba, nos metíamos en la autopista y te dejaba poner la música que quisieras. Siempre elegías poner un disco que tenía canciones que hablaban de nosotros sin ser nosotros, nuestras preferidas, y empezabas a tararear nuestra canción.

Y yo miraba por la ventanilla, veía la señal de límite a 120km/h y sentía que ni de lejos se acercaba esa velocidad a la que me latía el corazón mientras te escuchaba cantar, con los pies encima de la guantera, con el gorro de paja y las gafas de sol, mientras mirabas por la ventana pensando en el infinito, buscando alguna matrícula que llevase la fecha de nuestro primer beso para volverte loca y decirme que la mirase. Y hacías que el mundo estuviese, para mí, condenado a pasar desapercibido.

Y ahí era cuando más felices llegamos a ser, en esas huidas, en pasar horas en el coche, conduciendo a oscuras mientras me leías poemas, textos escritos por ti, las ganas que tenías de quitarme la camiseta y escribirme versos, y darme besos, por toda la espalda. Pero llegó un momento en el que a veces me querías y otras simplemente querías poder quererme, pero dejaste de encontrar motivos para hacerlo. Yo no creía en el desamor, pero dejaste de hacerme el amor cada noche y me rompiste. Y te entró miedo, mucho miedo, miedo a estar viviendo en el corazón de alguien, te entró claustrofobia a pasear descalzo por mis sueños.

Y el miedo pudo contigo, y en consecuencia con nosotros.

Lo siento mucho Edward, pero veo esta oportunidad de la nueva universidad como una nueva oportunidad de empezar de cero.

Espero que lo veas tú así también.

Con amor, Rose.

Y déjame decirte, April. Que confieso que cuando la he releído no me ha dolido tanto como pensé que lo haría.

Del chico desordenado,

Edward.

Vigésima octava

Edward,

Un hombre soñado por Shakespeare dijo que estamos hechos de los sueños de un corazón que aún no despierta.

Puedo afirmar que sé perfectamente cómo te sientes. Créeme.

Y sé que llegan esos días en que piensas las cosas que pudieron ser y no fueron... Quizás por inmadurez, inexperiencia, una pizca de ego... O quizás por no amar de la forma correcta, pero quién sabe la forma correcta de amar, ¿no?...

...Cierras los ojos, te visualizas en el futuro de ese pasado, y piensas tantas cosas bonitas que hubieras querido compartir SÓLO CON ESA PERSONA: una mirada profunda, un despertar a su lado, un chiste colmado de risas tontas de dos personas que a pesar de los años se encuentra enamorados.

Y piensas en ese sentimiento que te pertenece, pero a la misma vez es ajeno; porque si esa persona no existiera, ese sentimiento tampoco.

...Y ese momento justo de arrepentimiento, pero a la vez de satisfacción por haber aprendido tantas cosas que sólo fueron posibles al momento de su partida... y es justo ahí cuando quisieras tener una máquina del tiempo y enmendar todos esos errores, y mostrar ese amor que estuvo escondido; sólo porque nos olvidamos de las pequeñas

cosas que significan tanto para una relación...

Lo más triste es sentir esa ligera palpitación que te dice que las cosas llegaron a su fin, pero que a través de ellas pudiste ser mejor persona... hasta crecer como ser humano; sólo por el vacío provocado por la partida de esa persona. Te envuelves en una burbuja de pensamiento bonitos de los cuales no quisieras salir; porque sólo imaginas esos lindos ojos brillantes que reflejaban tu rostro y esa tierna sonrisa al verte, que quizás para los demás no era nada, pero para ti lo era TODO...

Luego te preguntas si valió la pena o no, o si quizás malgastas tu tiempo escribiendo sobre eso... pero al fin y al cabo qué más da... si el amor no tiene nada que ver con la lógica, sólo existe.

Sé que mis palabras tienen poco sentido ahora, pero lo entenderás, créeme cuando te digo que lo harás.

De la chica bohemia que también tiene los trocitos de su corazón repartidos,

April.

Vigésima novena

April, ¿qué sentirías si te dijera que estoy cogiendo un vuelo directo a Massachussets y que te voy a entregar esta carta por mí mismo?

¿Pensarías que estoy loco?

Del chico desordenado, desesperado por conocer a la chica bohemia que hay detrás de las cartas que él ama leer,

Edward.

Trigésima

April, aún no me puedo creer que haya tenido la valentía de venir a visitarte, créeme. Cuando te vi sentí un cúmulo de emociones invadirme que eran tan abrumadores que sería una tontería incluso intentar explicarte cada uno de ellos.

Estoy en tu cocina. sí, esa que te describí cómo era en mi imaginación, junto a una tú idealizada en una de las esquinitas con su taza de café y sus pensamientos en otra parte muy lejos de aquí.

Déjame decirte que apreciar esa imagen a escondidas esta mañana ha sido lo mejor que he hecho en varios días, con la excepción de recibir tus cartas y responderlas.

Debo agradecerte también que me dejaras quedarme en tu pequeña casita bohemia, ya que vine sin previo aviso. tan solo llegué, te di mi carta y tu reacción ha sido la mejor cosa que he visto en años. cuando preguntaste con esa voz tan dulce "¿Edward?" y tras solo asentir te abalanzaste a mi cuello y me diste ese abrazo que tanto tiempo llevo necesitando y yo ni lo sabía.

Mientras quiero seguir disfrutando de las vistas que tengo de ti ahora mismo pintando. es algo tan inspirador de ver que emociona incluso. te dije que me inspirabas, April Johnson, y aquí tienes la prueba.

El chico desordenado que al fin está con la chica bohemia,

Edward.

Trigésimo primera

Edward,

El día en que te vi en mi puerta no sabía si de verdad eras tú o una especie de bonita casualidad. Si alguien me hubiese dicho el día anterior que ibas a venir realmente, tal vez me hubiese reído por la locura de esas palabras.

Aunque creas que no me di cuenta, te vi observándome mientras dibujaba, mientras estábamos en la cocina y tu escribías... y eso a pesar de que leí tu carta.

Espero que cuando te vayas tengas en mente la idea de volver a venir porque realmente extrañaré tu presencia aquí. Y no lo digo por decir, sino por sentir; siento que te voy a echar de menos más de lo que me gustaría. Desventajas de tener todo un océano entre nosotros, tenemos que ser nuestra propia brújula y encontrarnos.

Pero ahora no quiero pensar en el adiós, sino en los días tan maravillosos que nos esperan juntos.

Con cariño, tu chica bohemia,

April.

Trigésimo segunda

Edward,

Mis dedos continúan volando con letras cayendo a tropezones sobre el papel desde que no pueden aterrizar con versos en la superficie curva de la pista de tu espalda desde que te fuiste. Una verdadera pena, para serte sincera.

No me sentí tan llena desde ayer, cuando te dije cómo me sentía hacia ti. Mi amor por ti se encuentra en la delgada línea que existe entre perder la razón y aún no encontrar la locura.

*Yo... Yo no pido mucho, yo no pido que cada 14 de febrero o cada que cumplamos meses me llegues con un regalo, ni siquiera te prohibiría amistades, no siempre voy a esperar tus mensajes porque yo también puedo mandártelos, yo no pido nada de lo que todas esas chicas quieren yo lo único que te pido son besos, abrazos, **palabras**, pero con sinceridad con mucha sinceridad.*

¿Sabes? Quiero dormir contigo, dejando el sexo a un lado, sólo dormir. Abrazarnos y sentir tu pecho pegado a mi espalda, tus manos en mi cintura, tu aliento en mi oído, y por qué no, que me recites algún verso... y luego quedarnos nuevamente en silencio, diciéndonos sin palabras algo que nadie entendería, y así, poco a poco quedarnos dormidos mientras nuestras respiraciones y latidos se acoplan.

Sé que hace casi medio año que nos conocimos. Cómo pasa el tiempo, ¿eh? Y quién iba a decirnos cuando enviamos la primera carta que acabaríamos así.

April.

Trigésimo tercera

April,

No le busques un significado a mis palabras, mis letras no siempre tienen motivo, no tienen un sentido cronológico, pueden hablar de mi ayer, mi deseo de hoy o mi anhelo de mañana, le escribo a lo que siento, a lo que experimenté, a lo que tuve, a lo que tal vez no tenga nunca. Describo sensaciones, sueños propios y ajenos.

Escribo, sólo escribo.

No es más, que palabras de los esquemas mentales de mis pensamientos, de habitaciones ventiladas en mis recuerdos, de los hologramas de mis sentimientos, de los juegos de un momento a otro, que me crea la vida, cosas que la hacen intensa, para ser expresados en este rincón. Bordados con un poco de locura. Las emociones me impulsan a escribir palabra por palabra.

Pero total, es mi yo interno y así lo quiero. Con toda la locura que me hace escribir, vivir e imaginar. Mi corazón es muy hablador, y mi mano tan solo se deja llevar por él.

Mi corazón sabe que en estas palabras se lo juega todo. Pero aun así lo dice, porque sabe que, si no lo hace ahora, no lo hará nunca.

April Johnson, te amo.

Atentamente, el chico despistado que, por distraído, ha caído.

Trigésimo cuarta

Dos semanas habían pasado y ella no había respondido mi carta. Esa última en la que le había abierto mi corazón y le había expuesto mis sentimientos.

La verdad es que después de los meses que pasamos hablando, la cantidad de secretos que hemos compartido y todas las risas que nos hemos echado juntos, pensé que ella correspondería mis sentimientos.

Pero no había sido así.

Yo era el único sintiendo cosas al parecer. Ella tan solo me veía como un gran amigo a la distancia con el que tenía más cosas en común que con nadie. Y al parecer eso a ella le parecía suficiente.

Pero lo respetaba. Por supuesto que lo hacía.

Sabía que no todo en la vida las cosas salen como uno quieren, claro que no. Si no, ¿qué sentido tendría la vida si todo lo que quisiéramos lo pudiéramos conseguir sin esforzarnos?

Pero ya no había marcha atrás.

No podía ni quería retractarme de mis palabras, claro que no. Eso sería intentar convencerme de que fue un error cuando el enamorarme de ella ha sido, tal vez, una de las cosas más puras que he sentido en mucho tiempo.

Aunque hubiera preferido que ella hubiese correspondido mis sentimientos, tal vez era mejor así.

Si estábamos destinados a ser, nos volveríamos a encontrar. Y entonces no cabe duda de que jamás la dejaría escapar.

Por ahora todo lo que tenía era a Pipo en el sofá junto a mí, un corazón roto y un libro que continuar.

Un libro que tal vez no fuese capaz de terminar.

Trigésimo quinta

Estaba claramente nerviosa. Estaba casi temblando.

No sabía si me iba a abrir la puerta, o si iba a estar con alguien más y, mierda, ni siquiera sabía si siquiera estaría en casa.

Tendría que haber pensado en eso antes de actuar impulsivamente.

No me podía creer que estuviese haciendo esto. Tenía que ser un sueño, eso.

Estaba arrepintiéndome de haber venido, era una locura. Había atravesado el océano con todos mis ahorros en mis bolsillos, mis sueños y expectativas en mi cabeza y mis dibujos y mi ropa en mis maletas.

Lo había hecho. Y estaba aquí en la puerta de la casa de un chico que conocí por cartas, del que estaba profundamente enamorada y, tonta de mí, no me había dado cuenta hasta ahora.

Retrocedí pensando en que tal vez no me correspondería. El miedo se hizo cargo de mí, temblé aún más y los nervios aumentaban. ¿Qué estaba haciendo?

Entonces la puerta se abrió y ya no había vuelta atrás. Estábamos ahí mirándonos, sin decir nada.

Las palabras sobraban. Odiaba verle preguntándose qué hacía yo aquí. Ni siquiera yo lo sabía.

—April, —fue lo único que dijo en un susurro. No sabía cómo interpretar eso. Soy buena interpretando dibujos, no palabras.

—Yo- —fue lo único que dije. No sabía que decir.

Entonces vio mis maletas en mis manos y sonrió. Sonrió como solo me sonrió una vez cuando vino a visitarme. Sonrió como cuando le dije que le quería por primera vez.

Eso tenía que ser una señal, ¿no?

—¿Te quedas? —Preguntó.

Lo único que pude hacer fue asentir.

Entonces todo pasó muy rápido, me abrazó y me levantó del suelo haciendo que soltara

las maletas por impulso y me agarrase a él. Entonces le escuché reír. Era la cosa más bonita que había escuchado nunca. Si se pudiese dibujar estaba cien por cien segura de que sería aún más bonita.

Entonces me bajó.

—Te quedas, pero... ¿por cuánto tiempo? —Le vi dudar. Vi la preocupación pasar por su cara cuando no dije nada. Pero es que no podía hablar.

No pude evitar sonreír.

—El tiempo que quieras que me quede.

No era de las mejores respuestas, ni siquiera le daba seguridad. Pero realmente así era. Estaría aquí el tiempo que él me quisiera aquí.

Pareció no entenderme, porque vi su ceño fruncirse.

—¿Qué quieres decir? —Preguntó, confirmando lo que yo ya sabía: estaba confuso.

—Que he venido para quedarme, para no volver más a la que conoces como mi guarida personal. Porque estando allí comprendí que el mejor de los sitios en el que he estado nunca, ha sido contigo. Que se sentía tan bien que estuvieras allí que cuando te fuiste se quedó un vacío que era imposible de llenar incluso con mis dibujos. Era un vacío que solo tú podías llenar. Y me alegro de que así sea. Sé que sonará egoísta, pero que tu torpeza hiciera que escribieras mal la dirección de Rose fue lo que nos unió, Edward. Y te estoy realmente agradecida por ello. Sé que sonará egoísta, pero-

Entonces sin que me diera tiempo a razonar que estaba pasando, me estaba besando. Sus besos eran exactamente como los imaginé. Suaves pero demandantes, calientes pero llenos de emoción. Mientras tanto, noté algo entre mis pies. Edward se separó lentamente mirando hacia abajo y ambos soltamos una risotada.

Su gato, Pipo, el que me mencionaba en las cartas, estaba paseándose entre nuestros pies, restregándose en nuestras pantorrillas y ronroneando suavemente.

—Parece que alguien te está dando la bienvenida, —dijo Edward mirándome a los ojos.

Esto era tan surreal. Quien me hubiese dicho hace unos meses que iba a conocer a un chico por cartas y que me iba a enamorar de él, lo hubiera tomado por loco.

Pero entonces me di cuenta de que las mejores cosas en la vida suceden por un error. Y podía dar fe de ello.

Trigésima sexta

¿Que cómo me contengo las ganas de besarte?

Cuando puedo sentir tu respiración tan cerca que hace que se me estremezca el alma. No es por frío, cuando ves que me pongo a tiritar. Son todas las ganas que tengo de comerte a besos lentos. Reprimida y llevada a su máximo exponente.

¿Qué culpa tengo yo? De querer perderme en tu sonrisa cómo un náufrago en mitad del océano. Con la diferencia de que yo no quiero que me rescaten, pues ya tengo tu brújula, que me indica por donde debo recorrer tu cuerpo.

¿Qué culpa tengo yo? De querer llevarte a la luna, sin salir de la cama.

Y no dudes en que me perderé por el camino de las líneas de tus curvas. Que por mucho que pidas que te lleve al cielo, antes pararemos en el infierno. Que allí en invierno hace calor, y podemos besarnos con lengua.

Que quiero abrir la puerta que me lleve a ninguna parte, para que nadie sepa dónde nos escondemos.

Y que te quede bien claro. Que eres mi nada cuando la gente me encuentra con la mirada perdida y me pregunta ¿en qué piensas?

¿Qué culpa tengo yo? De querer perderme en tu silencio.

Y si me culpas, culpame. De los besos que no te di. De las caricias que me guardé, y de los secretos que no compartí. Culpame de todo y más, del tiempo, del mundo, de por qué las estrellas solo brillan junto a ti.

Culpame de muchas cosas. Pero culpame mientras te beso, para llevarme el sabor de tu boca en mi recuerdo.

FIN

Epílogo

Edward,

Han pasado casi dieciséis meses en los que no sé nada de ti y supongo que es porque has rehecho tu vida, y es una lástima que ya no me incluyas en ella. Al menos como una simple amiga.

Sé que te preguntarás porqué te escribo estas líneas, pero no es más que una despedida definitiva. Espero que esa chica que está contigo te esté haciendo feliz, porque es lo que te mereces.

Espero que no estés resentido conmigo por haberte dejado así. Espero haberte causado el menor dolor posible porque, Edward, estos veintiséis meses que hemos estado juntos me han hecho muy feliz, pero algo en mí me decía que tú no eras para mí.

Tú eras un romántico empedernido del mundo, y mientras tú aspirabas a viajar por el mundo con el amor de tu vida, yo soñaba con una vida tranquila en una pequeña ciudad, y aunque antes lo negaras, sabes que te sentías encerrado conmigo.

Para que no te sientas en deuda conmigo, ni yo contigo, quiero que sepas que el venirme a estudiar aquí me ha hecho mucho bien. He encontrado un chico estupendo que quiere lo mismo que yo, y por ahora estamos muy bien. También pienso mucho en ti porque aquí hay unos paisajes preciosos que estoy segura de que te encantaría fotografiar y describirlos en tus libros.

No quiero que me recuerdes como la chica que te encerró veintiséis meses en un lugar como a un pájaro se le encierra en una jaula. Quiero que tu último recuerdo sobre mí sea el de la chica que te dejó volar en busca de la libertad que tango anhelabas y que sabía que no podías encontrarla junto a ella.

No espero que respondas esta carta, porque con que la leas me sobra.

Atte.

Rose.

April me leyó la carta en voz alta y cuando terminó, la dobló y la volvió a guardar en el

sobre dónde venía.

Ninguno de los dos nos esperábamos esta sorpresa de Rose el día de nuestro aniversario juntos, pero sabíamos que era necesario que Rose o yo, uno de los dos, le pusiera fin a esa relación que se había quedado en el aire sin concluir.

—¿Le vas a contestar? —April me miraba con los ojos ligeramente más abiertos y podía notar el tono preocupado en su voz.

La acerqué a mí y le rodeé con mis brazos, si de algo estaba seguro, es que gracias a la partida de Rose y a mi metida de pata copiando la dirección, pude encontrar a mi otra mitad.

—¿Por qué tendría que contestarle? Ella ya se ha respondido a todas las preguntas que parecía tener, además, como ella ha dicho, es una carta de despedida. Ella ya ha puesto el punto final a la relación, si le contesto es como si le pusiera puntos suspensivos, ¿no crees? —puedo decir el momento exacto en el que se relajó cuando me escuchó decir eso.

Me miró y sonrió, ese hoyuelo en su mejilla derecha era mi perdición. Y ella lo sabía. Entonces me acordé de que tenía algo para ella.

—Espera aquí, tengo una cosa para ti, —dije y me levanté de inmediato del sofá. Cuando me atreví a mirar hacia atrás para comprobar si se había quedado donde le dije, la vi mirando en mi dirección con un rubor que a la misma vez que me pareció adorable, me conmovió.

Cuando llegué a la habitación que ambos compartíamos, saqué de mi lado de mi mesa de noche esa caja que mi madre me dio unos meses antes de morir. Era el anillo de bodas que mi padre me regaló. Decían que ese anillo era para ellos como un amuleto de suerte, porque habían compartido más de cincuenta años de casados, y que quería dármelo a mí para que cuando encontrase a la chica que le entregara mi corazón, nos diera tanta suerte como a ellos. Al salir de mi ensoñación, cogí todas las cartas que me había mandado a lo largo de esos seis meses, sujetas con una gomilla para que no se perdiera ninguna, ordenadas por fechas y casi intactas, y salí de la habitación.

Cuando volví al salón y vi a April dispuesta casi a levantarse, sonreí.

—¿Adónde crees que vas? —Entonces se giró y me vio, sonrió y luego se ruborizó. Era increíble como después de todos los momentos juntos que habíamos compartido y el tiempo que llevábamos conociéndonos, seguía poniéndose nerviosa y ruborizándose por cada cosa que le decía o hacía.

—Yo-

—Sh, —le dije y me acerqué. Tras señalarle con un gesto que se sentara, vi cómo se llevó las manos al regazo y empezó a toquetearse los dedos, nerviosa.

Entonces le guiñé un ojo, y lo hice: me puse de rodillas.

Pude ver la confusión en su rostro al principio, pero entonces cuando pareció comprender, vi como sus ojos se abrían más aún y le brillaban por las lágrimas que estaba conteniendo.

—Esto de improvisar no me va mucho, y lo sabes, al igual que sabes que por ti haría lo que hiciese falta en el mundo y más. Como escritor y profesor que soy, puede que el dinero que tenga sea muy limitado, pero te juro que palabras no me faltan para demostrarte y hacerte saber lo que siento por ti. Tal vez sea torpe y muchas veces pesado, inmaduro y todas esas cosas, pero por mi torpeza te conocí, y tal vez sea todas esas cosas porque me importas. Me importas muchísimo. Y me gustaría hacerte feliz. Es más, quiero convertirlo en mi día a día. Te juro que nunca me aburriré de hacerlo. Porque tu felicidad es la mía.

» El día que recibí tu primera carta, tus palabras me llenaron de una manera que no lo había hecho nada antes, y te agradezco eso. Cada día que recibía cartas tuyas, era el hombre más feliz del universo, me despertaba incluso antes de que llegase el cartero para que en cuanto llegase tu carta no perdiera el tiempo en leerla y en pensar en una respuesta digna de ti. En mi cabeza solo estuviste tú desde ese primer momento, y casi me vuelvo loco la semana en la que no pudiste escribirme ninguna carta, puesto que pensé que te había perdido.

» Y por eso cogí el primer vuelo que pude y me fui, dejándolo todo aquí, llevándome conmigo solo mis sentimientos. Y cuando llegué allí, y tras la primera noche confesártelo todo, el saber que tú me correspondías fue la mejor de las recompensas. Para no aburrirte mucho con tanta palabrería, me concluyo diciendo que, como ha dicho Rose en la última carta, soy un romántico empedernido del mundo que busca una compañera con la que viajar y compartir experiencias. Y quiero que esa compañera seas tú, April. Quiero que vengas conmigo a descubrir cada rincón del mundo, dime dónde quieres ir y allí te llevaré. Y por supuesto, quiero que pintes cuanto quieras. Cuando vayamos de viaje, quiero que, mientras yo me dedico a escribir historias detallando con sumo cuidado los paisajes y los sentimientos, tú los plasmes en los lienzos tal y como una vez me dejaste que te viera hacerlo. Y cuando quieras tener hijos, nos quedaremos en el sitio que quieras y tendremos los hijos que quieras. Porque mi felicidad depende de la tuya, y quiero quedarme contigo sean cuales sean los términos que pongas. Tienes mi corazón en tus manos, April, y puedes hacer con él lo que quieras."

Tras finalizar, pude verla con la mano tapándose la boca y llorando. Tenía las mejillas sonrosadas y manchadas de las lágrimas, y justo cuando pensaba que estaba a punto de rechazarme, se me tiró encima y caí de espaldas a la alfombra, justo delante de la chimenea, con ella encima diciendo innumerables de veces "Sí, sí, sí" y no pude hacer otra cosa sino cogerle ambas mejillas y besarla profundamente.

—Me alegro tanto de que te equivocaras de dirección al escribir esas cartas, chico torpe.

—Y yo no puedo alegrarme más de haberlo hecho, chica bohemia.

SOBRE LA SECUELA: PARÍS

Alguien dijo una vez que las segundas partes nunca son buenas... pero ¿qué hay de las segundas oportunidades?

Ella se enamoró de su forma de ser, por supuesto que se enamoró de su físico también, pero para ella eso era lo de menos, se enamoró de su sonrisa tan transparente, de esa mirada tan expresiva, de sus chistes sin gracia, de su manera tan intelectual de expresarse para ciertas cosas, de la pasión con la que hacía lo que amaba, de su timidez para relacionarse con cualquier chica, de la ternura con la que hablaba de su madre, de su carisma con los niños y animales.

Se enamoró de todas y cada una de las cosas que conoció de él, incluso aun de sus defectos, de su manera de involucrarse más de lo que debía con algo, de cómo se enfadaba cuando no le salían las cosas como quería, de su costumbre de hacerse siempre el fuerte, el que no lloraba, el que no necesitaba ayuda, de esas manías que tenía en sus facciones cuando se aburría, de su indiferencia hacia los demás cuando algo le estresaba.

Ella primero lo conoció como uno más del montón, luego sin quererlo se enamoró y entonces entendió que él era lo que ella nunca había esperado, pero como un regalo del cielo le había llegado.

*Quizá sólo se trata de encontrar a alguien que observe tus locuras, tus enfados,
tus alegrías, todo tu desastre.*

Pero aún con todo eso, no se vaya.
